



La Unión Soviética ante el espejo de las comunidades europeas. De la Europa soviétizada a la “casa común” europea (1957-1988)

Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Pérez Sánchez

2017. Valladolid: Universidad de Valladolid. 166 páginas.

ISBN: 9788484489016



Julio Pérez Serrano
Universidad de Cádiz

Una obra de singular interés e incuestionable actualidad es la que rubrican los profesores Martín de la Guardia y Pérez Sánchez en la colección “Estudios y documentos” de Ediciones Universidad de Valladolid. Singular interés no solo por la relevancia del tema abordado –la posición de la Unión Soviética ante el proceso de construcción europea–, sino por el formato de la publicación, ya que esta incorpora la traducción al español de tres documentos originales elaborados por el Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de la Academia de Ciencias de la URSS. Estos tres análisis, presentados en forma de *Tesis sobre el Mercado Común* y fechados en 1957, 1962 y 1988, no son documentos oficiales, pero reflejan la evolución de las posiciones estratégicas de la URSS en las poco más de tres décadas en que el Estado soviético coexistió con la Comunidad Económica Europea (CEE), entre 1957 y 1991. En esta amplia cronología, la posición soviética pasó del rechazo a la integración de las potencias imperialistas de la Europa Occidental a la propuesta de acercamiento en el marco de la “casa común europea”, promovida en tiempos de la *perestroika* por Mijail Gorbachov.

La actualidad de este debate queda de manifiesto por la relevancia y complejidad que actualmente adquieren las relaciones entre la Unión Europea, producto del desarrollo de la CEE, y la Federación Rusa, que recoge el legado geopolítico y estratégico de la extinta URSS. Ciertamente el escenario internacional ha variado mucho tras la Guerra Fría, pero no tanto como para modificar

las claves profundas del conflicto geopolítico que ha condicionado la historia europea en los últimos cinco siglos. La existencia de la URSS marcó las relaciones entre Rusia y la Europa occidental durante la mayor parte del siglo XX, pero la interacción entre ambas regiones ya se había expresado, con otras formas, en los siglos anteriores, y continúa haciéndolo en la actualidad. El conflicto de Ucrania o la tensión en la frontera báltica son reflejos de unas relaciones todavía marcadas por la desconfianza y el recuerdo de la Guerra Fría.

No obstante, cometeríamos un error si entendiéramos las relaciones de Rusia con el resto de Europa solo desde el prisma del enfrentamiento. Desde tiempos de Catalina la Grande, y aun antes, Rusia es un actor decisivo de la historia europea, un actor que ha participado en los sucesivos sistemas de alianzas que se han desarrollado en los siglos modernos y contemporáneos. Su participación en las coaliciones antinapoleónicas y, posteriormente, en la Santa Alianza, prolongó medio siglo la estabilidad a la Europa conservadora, y tras la unificación alemana, volvió a ser una pieza clave del equilibrio europeo impuesto por los sistemas bismarckianos. En dos ocasiones, durante las dos grandes guerras del siglo XX, combatió con Francia y Gran Bretaña para frenar la hegemonía alemana, contribuyendo de nuevo a la estabilidad y el equilibrio en Europa.

No es posible desvincular las tres décadas de política europea que se analizan en esta obra de los condicionantes geopolíticos que han marcado tan dilatada evolución

histórica. Lógicamente, este libro no tiene como objetivo adentrarse en este vasto panorama, sino analizar un periodo específico caracterizado por la división de Europa en dos bloques ideológicos que se impone tras la Segunda Guerra Mundial. La URSS vio ampliada su influencia europea a través del llamado “campo socialista”, el conjunto de países de la Europa central y oriental que se alinearon con el Estado soviético tras la derrota del nazi-fascismo. Esta región constituyó uno de los pilares, el más desarrollado política y económicamente, del bloque socialista durante la Guerra Fría, y el de mayor importancia geoestratégica. De ahí que la URSS llegara a pensar en los años de la segunda posguerra que esta expansión del socialismo en el territorio europeo no era sino antesala del colapso final del capitalismo y preludio de la bancarrota de las decadentes democracias de la Europa occidental.

Esta es la idea que subyace en los informes de 1957 y 1962, ambos elaborados en los tiempos en que Nikita Kruschov era primer secretario del Comité Central del PCUS. Como señalan los autores en el primer capítulo de la obra, ambos documentos están inspirados por la ortodoxia soviética de la época, que veía la creación de un Mercado Común en la Europa occidental como una estrategia para reflotar el imperialismo de las antiguas metrópolis coloniales en África, al tiempo que una herramienta para someter a las clases trabajadoras de occidente y para fortalecer la posición de los monopolios en las relaciones comerciales con los países socialistas. Por ello, Kruschov y la cúpula soviética intentaron desde un primer momento oponerse a la consolidación de la CEE, negándole reconocimiento y animando a los partidos comunistas occidentales a que hicieran campaña en contra en sus respectivos países.

El fracaso de esta estrategia y el afianzamiento de la CEE en los años sesenta y setenta, potenciado por la incorporación en 1973 del Reino Unido y Dinamarca, provenientes de la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA), condujo a una situación insostenible. La competencia entre sistemas, uno de los dogmas de la política exterior soviética, se decantó en los ochenta a favor del bloque capitalista, por lo que la URSS se vio obligada a reformular su política respecto a la CEE. La llegada de Mijail Gorbachov a la secretaría general del PCUS y el impulso de la *perestroika* permitieron que se abriera paso un nuevo enfoque que veía en la integración europea, más que una amenaza, una oportunidad para sacar a la URSS

de su aislamiento, reconfigurando el tablero estratégico con la noción de “casa común europea”.

En este nuevo contexto se enmarca el tercer informe que se incluye en este libro, redactado en 1988, año y medio después de la entrada en vigor del Acta Única Europea, que supuso la transformación del Mercado Común en un mercado interior, con libre circulación de mercancías, personas, servicios y capitales. Sobre esta base, cinco años más tarde, se establecería la Unión Europea, incorporando la dimensión política. En este documento se reconoce *de facto* el fracaso de las estrategias desplegadas para frenar la integración europea promovida por el Tratado de Roma y se opta por la colaboración del ya moribundo Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) con la CEE. Asimismo, se propugnaba emular el proceso vivido en la Europa occidental, antaño denostado, y construir un mercado interior que agrupara a los países socialistas de la Europa central y oriental, fijando la fecha del año 2000 para alcanzar esa meta. Pero los acontecimientos se precipitaron a raíz de la caída del Muro de Berlín, y el bloque socialista con todas sus instituciones, Pacto de Varsovia y CAME incluidas, se vino abajo.

No obstante, como también refleja muy acertadamente este libro, este último proyecto, auténtico canto de cisne de los estratagemas del socialismo real, colocaba sobre el tapete una realidad que no es posible obviar: Rusia forma parte del espacio geopolítico europeo, ya sea como aliada de occidente o como antagonista, como socia o como competidora. Del mismo modo que Rusia, independientemente de las formas en que se plasme históricamente su relación con occidente, está condenada a mirarse en el espejo de la construcción europea. Ambas enseñanzas se desprenden de la lectura de este libro, cuyo documentado análisis constituirá sin duda una referencia obligada en el ámbito de los estudios europeos, demasiado a menudo centrados en la propia dinámica del proceso de integración o en los avatares de la relación trasatlántica. La investigación sobre la URSS y, muy especialmente, sobre su política exterior en el ámbito europeo se verá también enriquecida por esta valiosa aportación que trasciende los tópicos más recurrentes, que tienden a poner el foco en la carrera armamentista y el conflicto bipolar. Es obvio que Rusia forma parte de Europa y que la Unión Europea es hoy el principal actor europeo. La cuestión es si ambas realidades son o no compatibles.